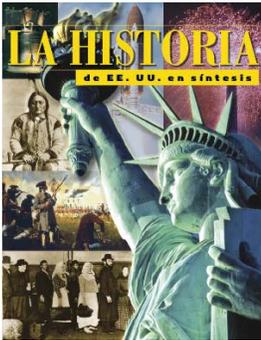


El sitio Web America.gov ya no se actualiza.

La información sobre política exterior e intereses nacionales de Estados Unidos está disponible en los sitios web de las embajadas y consulados de Estados Unidos o en www.state.gov.

La Historia de Estados Unidos en Síntesis



Marzo de 2007

La historia de Estados Unidos ha sido un experimento en el ejercicio de la democracia desde hace más de 200 años. Las disyuntivas que enfrentó en sus primeros años siguen siendo abordadas y resueltas hoy: gobierno grande versus gobierno pequeño, derechos individuales versus derechos de grupo, capitalismo sin restricciones versus comercio y trabajo regulados, participación en el mundo versus aislacionismo.

Introducción



La historia de Estados Unidos ha sido un experimento en el ejercicio de la democracia desde hace más de 200 años. Las disyuntivas que enfrentó en sus primeros años siguen siendo abordadas y resueltas hoy: gobierno grande versus gobierno pequeño, derechos individuales versus derechos de grupo, capitalismo sin restricciones versus comercio y trabajo regulados, participación en el mundo versus aislacionismo. Las expectativas siempre han sido grandes para la democracia de este país y la realidad ha resultado a veces desalentadora.

Sin embargo, la nación ha crecido y prosperado en un proceso continuo de adaptación y compromiso.

– *Los editores*

1. Los Inicios de Estados Unidos

En el apogeo de la Edad de Hielo más reciente, hace unos 35.000 años, gran parte del agua del mundo estaba atrapada en enormes capas de hielo continentales y un puente de acceso hasta de 1.500 kilómetros de ancho comunicaba Asia con América del Norte. Hace 12.000 años ya vivían seres humanos en gran parte del hemisferio occidental.

Los primeros americanos cruzaron ese puente desde Asia y se cree que permanecieron miles de años en lo que hoy es Alaska. Después emigraron al sur, internándose en lo que más tarde sería Estados Unidos. Se asentaron a la orilla del Océano Pacífico en el noroeste, en las montañas y desiertos del sudoeste y en las márgenes del río Mississippi en el Medio Oeste.



Esos primeros grupos son conocidos como los hohokam, los adenasos, los hopewelianos y los anasazis. Ellos fundaron aldeas y cultivaron el campo. Algunos erigieron estructuras de tierra en forma de pirámides, aves o serpientes. Su vida estaba estrechamente vinculada con la tierra, y su sociedad se orientaba hacia el clan y la comunidad. Los elementos del mundo natural eran parte esencial de sus creencias espirituales. Su cultura era principalmente oral, aunque algunos desarrollaron una especie de jeroglíficos para preservar ciertos textos. Según las evidencias, entre los distintos grupos había un intenso comercio, pero a veces sus relaciones eran hostiles.



Por razones que aún no entendemos del todo, aquellos primeros grupos desaparecieron al cabo del tiempo y fueron sustituidos por otros, nativos de América, como los hopis y los zunis que entonces florecieron. Para cuando los europeos llegaron a lo que hoy es Estados Unidos, en estas tierras vivían cerca de 2 millones de nativos, tal vez más.

Los primeros europeos que llegaron a Norteamérica –por lo menos los primeros de los que se tienen pruebas concretas– fueron noruegos. Viajaron al oeste desde Groenlandia, donde Erik el Rojo fundó un asentamiento hacia el año 985. Se cree que su hijo Leif exploró en 1001 la costa nororiental de lo que hoy es Canadá. Se han descubierto ruinas de

casas noruegas que datan de esa fecha en L'Anse-aux-Meadows, en el norte de Terranova.

Tendrían que pasar casi 500 años más antes que otros europeos llegaran a Norteamérica y un siglo más para que establecieran en ella asentamientos permanentes. Los primeros exploradores buscaban una ruta marítima al Asia. Otros –sobre todo británicos, holandeses, franceses y españoles– llegaron después para tomar posesión de las tierras y las riquezas de lo que ellos llamaban “el Nuevo Mundo”.

El primero y más famoso de esos exploradores fue el genovés Cristóbal Colón. Sus viajes fueron financiados por la reina Isabel de España. Colón desembarcó en las islas del Mar Caribe en 1492, pero nunca vio la porción continental de lo que más tarde sería Estados Unidos. El veneciano John Cabot llegó cinco años después en una misión encomendada por el rey de Inglaterra. Su viaje pronto fue olvidado, pero sentó las bases para que Gran Bretaña reclamara posesiones en Norteamérica.

El siglo XVI fue la era de las exploraciones españolas en América. Juan Ponce de León desembarcó en lo que hoy es la Florida en 1513. Hernando De Soto llegó a esa península en 1539 y avanzó hasta el río Mississippi. En 1540, Francisco Vázquez de Coronado emprendió el viaje desde México, cuyo territorio había sido conquistado por España en 1522, en busca de las míticas Siete Ciudades de Cibola. Jamás las encontró, pero sus viajes lo llevaron hasta el Gran Cañón de Arizona e incluso a las Grandes Llanuras.

Mientras los españoles avanzaban desde el sur, la parte norte de lo que hoy es Estados Unidos se fue revelando lentamente en las exploraciones de otros europeos. Algunos de ellos fueron Giovanni da Verrazano, Jacques Cartier y Amerigo Vespucci, en honor de quien el continente recibió su nombre: América.

El primer asentamiento europeo permanente en lo que habría de ser Estados Unidos fue establecido por los españoles a mediados del siglo XVI en St. Augustine, en la Florida. Sin embargo, éste no intervino en la

formación de la nueva nación. Ese proceso ocurrió en asentamientos mucho más septentrionales a lo largo de la costa del Atlántico: en Virginia, Massachusetts, Nueva York y las otras 10 regiones colonizadas por una creciente marea de inmigrantes llegados de Europa.

2. El Periodo Colonial



La mayoría de los colonizadores que llegaron a las colonias británicas en el siglo XVII eran ingleses. Otros venían de los Países Bajos, Suecia, Alemania, Francia y, más tarde, Escocia e Irlanda del Norte. Algunos dejaron sus países de origen para huir de la guerra, la presión política, la persecución religiosa o una sentencia de cárcel. Otros emprendieron el viaje como siervos, con la expectativa de trabajar para pagar su libertad. Los africanos negros eran vendidos como esclavos y llegaron encadenados.

En 1690, la población era de 250.000 habitantes. Menos de un siglo después, ya había aumentado a 2,5 millones.

Los colonizadores vinieron a América por las más variadas razones y a la postre crearon aquí 13 colonias diferentes. Se formaron así tres agrupamientos regionales de colonias, entre las cuales las diferencias eran aún más marcadas.

Los primeros asentamientos fueron establecidos sobre la costa del Atlántico y en los ríos que fluían hacia ese océano. En el nordeste, los colonizadores hallaron montes cubiertos de árboles, y suelos que quedaron llenos de piedras cuando los glaciares de la Edad del Hielo se derritieron. La energía del agua fue fácil de aprovechar, con lo cual “Nueva Inglaterra” –constituida por Massachusetts, Connecticut y Rhode Island– desarrolló una economía basada en productos forestales, pesca, construcción de barcos y comercio. Las colonias de la región media –entre ellas Nueva York y Pennsylvania– tenían un clima más templado y su territorio era más variado. Allí se desarrollaron la industria y la agricultura, y la sociedad era más diversa y cosmopolita. Por ejemplo, en Nueva York había emigrantes de Alemania, Bohemia, Dinamarca, Escocia, Francia, Holanda, Inglaterra, Irlanda, Italia, Noruega, Polonia, Portugal y Suecia. Las colonias del Sur –Virginia, Georgia y las Carolinas– tenían una temporada de cultivo larga y tierra fértil, por lo cual su economía fue principalmente agrícola. En ellas había tanto pequeños granjeros como ricos terratenientes aristócratas que poseían grandes fincas, llamadas plantaciones, en las que trabajaban esclavos africanos.



Las relaciones entre los colonizadores y los norteamericanos nativos, a quienes aquéllos llamaban indios, eran una incómoda mezcla de colaboración y conflicto. En algunas áreas hubo comercio y cierta interacción social, pero en general, a medida que los nuevos asentamientos se expandieron, los nativos fueron obligados a emigrar, muchas veces sólo después de ser derrotados en combate.

La creación de las colonias no fue patrocinada por el gobierno británico, sino directamente por grupos privados. Todas, salvo Georgia, surgieron como compañías de accionistas o como propiedades otorgadas por el rey. Algunas fueron gobernadas con rigor por los dirigentes de esas compañías, pero a su debido tiempo todas desarrollaron un sistema de gobierno participativo, basado en la tradición y el precedente jurídico británicos.

Varios años de descontento político en Gran Bretaña culminaron con la Revolución Gloriosa de 1688-89, en la cual el rey Jaime II fue derrocado; entonces se establecieron límites a la monarquía y se otorgaron más libertades a la población. Las colonias norteamericanas se beneficiaron con esos cambios. Las asambleas coloniales reclamaron el derecho de actuar como parlamentos locales y aprobaron medidas para expandir su propio poder y limitar el poder de los gobernadores reales.

En los siguientes decenios, las disputas recurrentes entre los gobernadores y las asambleas hicieron que los colonizadores se percataran de la creciente divergencia entre sus intereses y los de Gran Bretaña. Los principios y precedentes que surgieron de esas disputas se convirtieron en la constitución no escrita de las colonias.

Al principio, su centro focal fue la autogestión dentro de una mancomunidad británica. Sólo después empezaron a aspirar a la independencia.

3. El Camino a la Independencia



Los principios de liberalismo y la democracia –los cimientos políticos de Estados Unidos– surgieron en forma natural del proceso de edificar una nueva sociedad en tierras vírgenes. Con esa misma naturalidad, la nueva nación se veía a sí misma como algo diferente y excepcional. Europa la miraría con aprensión o esperanza.

Las 13 colonias británicas de Norteamérica maduraron en el siglo XVIII; fue entonces cuando crecieron en población, poder económico y logros culturales, y ya tenían experiencia en la autogestión. Sin embargo, no fue sino hasta 170 años después de la fundación del primer asentamiento permanente en Jamestown, Virginia, cuando el nuevo Estados Unidos de América surgió como nación.

Parte de la guerra entre Gran Bretaña y Francia en la década de 1750 se llevó a cabo en Norteamérica. Los británicos salieron triunfantes y pronto implantaron políticas para controlar y financiar su vasto imperio. Esas medidas impusieron mayores restricciones a la forma de vida de los colonizadores norteamericanos.

La Proclama Real de 1763 restringió la apertura de nuevas tierras a la colonización. La Ley del Azúcar de 1764 gravó con impuestos los bienes de lujo, como el café, la seda y el vino, y declaró ilegal la importación de ron. La Ley Monetaria de 1764 prohibió la impresión de papel moneda en las colonias. La Ley de Alojamiento de 1765 obligaba a los colonos a proveer de alimento y hospedaje a los soldados del rey. Y la Ley del Timbre de 1765 exigía la compra de sellos reales para todos los documentos legales, periódicos, licencias y contratos de arrendamiento.

Los colonos protestaron por todas esas medidas, pero la Ley del Timbre desencadenó la mayor resistencia organizada. Para un creciente número de colonos, la principal objeción era que, por medio de esa ley, una legislatura distante en la que ellos no podían participar les aplicaba impuestos. En octubre de 1765, 27 delegados de nueve colonias se reunieron en Nueva York para coordinar sus esfuerzos con el propósito de lograr que la Ley del Timbre fuera revocada. Ellos aprobaron resoluciones que exaltaban el derecho de cada una de las colonias a crear sus propios impuestos.

La autogestión produjo dirigentes políticos locales y éstos trabajaron juntos para anular lo que a su juicio eran actos opresivos del parlamento inglés. Cuando tuvieron éxito, su campaña coordinada contra Gran Bretaña llegó a su fin. No obstante, en los siguientes años un pequeño número de radicales trató de mantener vigente la controversia. Su objetivo no era la concertación sino la independencia.

Samuel Adams de Massachusetts fue el más eficaz. Escribió artículos en periódicos y pronunció discursos en los que apelaba a los instintos democráticos de los colonos. Él ayudó a organizar, en todas las colonias, comités que llegaron a ser la base de un movimiento revolucionario. En 1773, el movimiento atrajo a los comerciantes coloniales que estaban disgustados porque Gran Bretaña intentaba reglamentar el comercio del té. En diciembre, un grupo de hombres entró furtivamente en tres buques británicos anclados en el puerto de Boston y arrojó al mar sus cargamentos de té.

Para castigar a Massachusetts por su acto vandálico, el Parlamento británico cerró el puerto de Boston y restringió la autoridad local. Las nuevas medidas, conocidas como las Leyes Intolerables, fueron contraproducentes porque en lugar de aislar a la colonia, provocaron que las otras se unieran a ella. Todas las colonias, salvo Georgia, enviaron representantes a Filadelfia en septiembre de 1774 para discutir “su desdichado estado actual”. Ese fue el primer Congreso Continental.

Los colonos se sentían cada día más frustrados e irritados porque los británicos los privaban de sus derechos. Sin embargo, ni remotamente había unanimidad de opiniones en cuanto a lo que debían hacer. Los “leales” querían seguir siendo súbditos del rey. Los “moderados” proponían un compromiso para establecer una relación más aceptable con el gobierno británico. Y los revolucionarios aspiraban a la independencia total, para lo cual empezaron a acumular armas y a movilizar sus fuerzas en espera del día en que tuvieran que luchar para conquistarla.

4. La Revolución



La Revolución de Estados Unidos –su guerra para independizarse de Gran Bretaña– empezó como una pequeña escaramuza entre tropas británicas y colonos armados el 19 de abril de 1775.

Los británicos habían salido de Boston, Massachusetts para incautar las armas y municiones que unos colonos revolucionarios habían recolectado en las aldeas vecinas. En Lexington tropezaron con un grupo de milicianos *minutemen*, así llamados porque se decía que se podían aprestar para el combate en un minuto. El único propósito de los milicianos era realizar una protesta silenciosa y su dirigente les ordenó no hacer fuego, a menos

que les dispararan primero. Los británicos ordenaron que los milicianos se dispersaran y éstos obedecieron. Sin embargo, cuando se retiraban, alguien hizo un disparo. Entonces los soldados británicos atacaron a los *minutemen* con armas de fuego y bayonetas.

La lucha estalló también en otros lugares a lo largo del camino, a medida que los soldados británicos avanzaban de regreso a Boston con sus uniformes de color rojo brillante. Más de 250 “casacas rojas” resultaron muertos o heridos. Los norteamericanos perdieron 93 hombres.

Los choques mortales continuaron en los alrededores de Boston al tiempo que los representantes coloniales salían apresuradamente hacia Filadelfia para discutir la situación. En su mayoría votaron por hacer la guerra contra Gran Bretaña. Acordaron consolidar las milicias coloniales en un ejército continental y nombraron a George Washington, de Virginia, su comandante en jefe. Sin embargo, al mismo tiempo, aquel Segundo Congreso Continental adoptó una resolución de paz en la que instaba al rey Jorge III a evitar que continuaran las hostilidades. El rey la rechazó y el 23 de agosto declaró que las colonias norteamericanas se habían rebelado.

Las exhortaciones a la independencia se intensificaron en los meses siguientes. El teórico político radical Thomas Paine ayudó a cristalizar el argumento a favor de la separación. En un folleto titulado *Common*

Sense (Sentido común) del cual se vendieron 100.000 ejemplares, él rebatió la idea de la monarquía hereditaria. Paine propuso dos opciones para Norteamérica: seguir estando sometida a un rey tiránico y un sistema de gobierno gastado, o liberarse y ser feliz como una república autosuficiente e independiente.

El Segundo Congreso Continental designó un comité encabezado por Thomas Jefferson, de Virginia, para preparar un documento donde se expusieran los agravios de las colonias contra el rey y se explicara la decisión de aquéllas de separarse. Esa Declaración de Independencia fue adoptada el 4 de julio de 1776. Desde entonces, el 4 de julio se celebra cada año como el Día de la Independencia de Estados Unidos.

La Declaración de Independencia no sólo anunció el nacimiento de una nueva nación. También expuso una filosofía de la libertad humana que habría de llegar a ser una fuerza dinámica en todo el mundo. Incluía ideas políticas francesas y británicas, sobre todo las de John Locke en su *Second Treatise on Government* (Segundo tratado de gobierno), que reafirmaban la convicción de que los derechos políticos son derechos humanos básicos y, por lo tanto, son universales.



La Campana de la Libertad, en Filadelfia, Pensilvania, es un símbolo perdurable de la libertad estadounidense.

El hecho de declarar su independencia no hizo que los estadounidenses fueran libres. Las fuerzas británicas derrotaron a las tropas continentales en Nueva York, desde Long Island hasta la ciudad de Nueva York. Ellas vencieron también a los insurgentes en Brandywine, Pennsylvania y ocuparon Filadelfia, lo cual provocó la huida del Congreso Continental. Las fuerzas estadounidenses salieron victoriosas en Saratoga, Nueva York, y en Trenton y Princeton en Nueva Jersey. No obstante, George Washington seguía luchando por conseguir los hombres y los materiales que tanto necesitaba.

La ayuda decisiva llegó en 1778 cuando Francia reconoció a Estados Unidos y ambos países firmaron un tratado bilateral de defensa. En realidad, el apoyo del gobierno francés se basó en razones geopolíticas, no ideológicas. Francia quería debilitar el poder de Gran Bretaña, su inveterada adversaria.

La lucha que empezó en Lexington, Massachusetts continuó durante ocho años en gran parte del continente. Hubo batallas desde Montreal (Canadá) en el norte hasta Savannah (Georgia) en el sur. Un enorme ejército británico se rindió en Georgetown, Virginia en 1781, pero la guerra prosiguió dos años más sin llegar a un resultado concluyente. Un tratado de paz fue firmado al fin en París el 15 de abril de 1783.

La Revolución tuvo trascendencia mucho más allá de Norteamérica. Atrajo la atención de los teóricos políticos europeos y fortaleció el concepto de los derechos naturales en todo el mundo occidental. Atrajo a personalidades notables como Thaddeus Kosciusko, Friedrich von Steuben y el Marqués de Lafayette, quienes se unieron a la revolución y esperaban llevar las ideas liberales de ésta a sus propios países.

El Tratado de París reconoció la independencia, la libertad y la soberanía de las 13 ex colonias norteamericanas que ahora eran estados. La tarea de unir las a todas en una nueva nación estaba aún por realizarse.

5. La Formación de un Gobierno Nacional

Las 13 colonias norteamericanas se convirtieron en los 13 Estados Unidos de América en 1783, después de su guerra para independizarse de Gran Bretaña. Antes del final de esa guerra, ratificaron un marco de trabajo para sus esfuerzos colectivos. Esos Artículos de la Confederación permitieron crear una unión, pero ésta era extremadamente informal y frágil. George Washington la llamó “una cuerda de arena”.

No había moneda común en virtud de que cada estado acuñaba todavía la suya. Tampoco existía una fuerza militar nacional pues muchos estados seguían teniendo sus propios ejércitos y armadas. Había poco control centralizado sobre la política exterior; los estados negociaban directamente con otros países y tampoco tenían un sistema nacional para establecer y recolectar impuestos.



Las disputas entre Maryland y Virginia por los derechos de navegación en el río Potomac, que era su frontera común, dieron lugar a una conferencia de cinco estados en Annapolis, Maryland en 1786. Alexander Hamilton, un delegado de Nueva York, dijo que esos problemas comerciales eran parte de cuestiones económicas y políticas más amplias. Añadió que lo que se necesitaba era un replanteamiento de la Confederación. Él y los demás delegados propusieron organizar una convención con ese propósito. El apoyo de Washington, que era sin duda el hombre que inspiraba más confianza en Estados Unidos, los ayudó a imponerse sobre quienes pensaban que esa idea era demasiado audaz.

La reunión realizada en Filadelfia en mayo de 1787 fue notable. Los 55 delegados elegidos para la convención tenían experiencia en el gobierno colonial y estatal. Ellos conocían bien la historia, la ley y la teoría política. Eran jóvenes en su mayoría, aunque en el grupo estaba también el veterano Benjamin Franklin, quien se acercaba al final de una extraordinaria carrera de servicio público y logros científicos. Dos estadounidenses notables no estaban allí: Thomas Jefferson había ido a París como embajador de Estados Unidos en Francia, y John Adams estaba en Londres como embajador en Gran Bretaña.

El Congreso Continental había autorizado a la convención para que enmendara los Artículos de la Confederación. En lugar de eso, los delegados descartaron los Artículos por considerar que no eran adecuados para las necesidades de la nueva nación e idearon una nueva forma de gobierno basada en la separación de los poderes legislativo, ejecutivo y judicial. La reunión se había convertido en una convención constitucional.

Llegar a un consenso en algunos de los detalles de una nueva constitución sería en extremo difícil. Muchos delegados abogaban por un gobierno nacional fuerte que limitara los derechos de los estados. Otros argumentaban en forma igualmente convincente a favor de un gobierno nacional débil que preservara la autoridad estatal. Algunos delegados temían que los estadounidenses no fueran capaces de gobernarse por sí mismos y, por lo tanto, se oponían a las elecciones populares de cualquier tipo. Otros pensaban que el gobierno nacional debía tener una base popular de la mayor amplitud posible. Los representantes de estados pequeños insistían en una representación igualitaria en la legislatura nacional. Los de estados grandes creían que ellos merecían tener más influencia. Los representantes de estados donde la esclavitud era ilegal esperaban que ésta fuera proscrita. Los que venían de estados esclavistas rechazaban cualquier intento a ese respecto. Algunos delegados querían limitar el número de los estados de la Unión. Otros pedían que se otorgara la condición de estado a las tierras recién colonizadas en el Oeste.



Cada cuestión suscitó nuevas divisiones y cada una fue resuelta por medio de un compromiso.

El texto de la Constitución no era un documento largo. Sin embargo, sirvió de marco general para establecer el gobierno más complejo creado hasta entonces. El gobierno nacional tendría plenas facultades para emitir moneda, recaudar impuestos, otorgar patentes, conducir la política exterior, mantener un ejército, establecer oficinas de correos y declarar la guerra. Además, tendría tres ramas iguales –un congreso, un presidente y un sistema de tribunales– con facultades equilibradas y contrapesos para que todas controlaran sus acciones en forma recíproca.

Los intereses económicos influyeron en el curso del debate en torno al documento, pero lo mismo se puede decir de los intereses estatales, sectoriales e ideológicos. Otro factor importante fue el idealismo de los hombres que lo redactaron. Ellos estaban convencidos de que habían ideado un gobierno que promovería la libertad individual y la virtud pública.

El 17 de septiembre de 1787, al cabo de cuatro meses de deliberaciones, la mayoría de los delegados firmaron la nueva Constitución. Acordaron que ésta se convertiría en la ley suprema de la nación cuando nueve de los 13 estados la hubieran ratificado.

El proceso de ratificación se prolongó cerca de un año. Los opositores expresaban su temor de que un gobierno central fuerte llegara a ser tiránico y opresivo. Los partidarios respondían que el sistema de frenos y contrapesos impediría que eso ocurriera. El debate hizo que surgieran dos facciones: los federalistas que deseaban un gobierno central fuerte y apoyaban la Constitución, y los antifederalistas que proponían una asociación informal de estados y se oponían a la Constitución.

Aún después de que la Constitución fue ratificada, muchos estadounidenses sentían que carecía de un elemento esencial pues, a su juicio, no especificaba los derechos de los individuos. Cuando el primer Congreso se reunió en la ciudad de Nueva York en septiembre de 1789, los legisladores accedieron a agregar las disposiciones en cuestión. Tuvieron que pasar otros dos años antes que esas 10 enmiendas – conocidas en conjunto como la Carta de Derechos– fueran incorporadas a la Constitución.

La primera de las 10 enmiendas garantiza la libertad de expresión, de prensa y religiosa; y el derecho de protestar, reunirse pacíficamente y exigir cambios. La cuarta protege contra los registros y arrestos sin causa razonable. La quinta dispone el debido proceso judicial en todos los casos penales. La sexta garantiza el derecho a un juicio imparcial y expedito. Y la octava protege contra los castigos crueles e inusuales.

Desde que la Carta de Derechos fue adoptada, hace más de 200 años, sólo 17 enmiendas más han sido agregadas a la Constitución.

6. Los Primeros años, la Expansión al Oeste y las Diferencias Regionales



George Washington prestó juramento como el primer presidente de Estados Unidos el 30 de abril de 1789. Él estuvo a cargo de organizar una fuerza militar efectiva durante la Revolución. Ahora se le encomendaba la tarea de construir un gobierno operante.

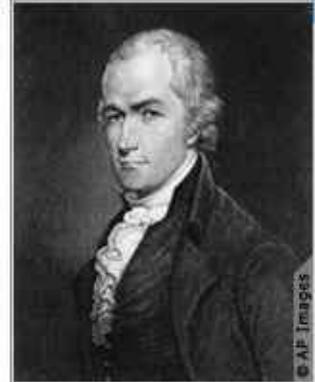
Washington trabajó con el Congreso para crear los departamentos de Estado, Tesorería, Justicia y Guerra. Los jefes de esos departamentos constituirían el gabinete del presidente y actuarían como sus consejeros. Se estableció una Corte Suprema integrada por un procurador y cinco ministros asociados, así como tres tribunales de circuito y 13 juzgados de distrito. Se desarrollaron políticas para administrar los territorios del Oeste

e incorporarlos a la Unión como nuevos estados.

Washington prestó servicio en dos periodos de cuatro años y luego dejó el cargo, sentando un precedente que a la postre se convirtió en ley. Los dos siguientes presidentes, John Adams y Thomas Jefferson, eran representantes de dos escuelas de pensamiento diferentes sobre el papel del gobierno. Esa divergencia dio lugar a la creación de los primeros partidos políticos del mundo occidental. Los federalistas, encabezados por Adams y Alexander Hamilton, el secretario del Tesoro de Washington, representaban en general los

intereses del comercio y la industria. Ellos temían la anarquía y creían en un gobierno central fuerte que pudiera establecer la política económica y mantener el orden. Encontraron el mayor apoyo en el norte. Los republicanos, encabezados por Jefferson, representaban los intereses agrícolas en general. Ellos se oponían a un gobierno central fuerte y creían en los derechos de los estados y la autosuficiencia de los agricultores. Tuvieron más apoyo en el sur.

Durante unos 20 años, la joven nación pudo prosperar dentro de una paz relativa. Su política consistía en ser amigable e imparcial con todas las demás naciones. Sin embargo, no era inmune a los acontecimientos políticos de Europa, sobre todo de Gran Bretaña y Francia que estaban en guerra. La marina de guerra británica capturó barcos estadounidenses que se dirigían a Francia, y la armada francesa capturó barcos estadounidenses con destino a Gran Bretaña. Las negociaciones diplomáticas mantuvieron a Estados Unidos al margen de las hostilidades en la década de 1790 y a principios de la siguiente, pero al parecer sólo era cuestión de tiempo para que este país tuviera que defender sus propios intereses.



Alexander Hamilton, secretario de Hacienda en el gobierno del presidente George Washington

La guerra con Gran Bretaña estalló en 1812. La lucha tuvo lugar sobre todo en los estados del nordeste y en la costa oriental. Una fuerza expedicionaria británica llegó a la nueva capital, establecida en Washington en el Distrito de Columbia, prendió fuego a la residencia del poder ejecutivo –obligando al presidente James Madison a huir– y dejó la ciudad en llamas. No obstante, el ejército y la armada estadounidenses ganaron suficientes batallas decisivas para reclamar la victoria. Al cabo de dos años y medio de combates y con su tesorería exigua a causa de la guerra que libraba por separado contra Francia, Gran Bretaña firmó un tratado de paz con Estados Unidos. La victoria estadounidense puso fin, de una vez por todas, a las esperanzas británicas de restablecer su influencia al sur de la frontera de Canadá.

Cuando la Guerra de 1812 terminó, muchas de las graves dificultades que enfrentaba la nueva república estadounidense ya habían desaparecido. La Unión nacional establecida bajo la Constitución trajo consigo el equilibrio entre la libertad y el orden. Una deuda nacional modesta y un continente en espera de ser explorado ofrecían una perspectiva de paz, prosperidad y progreso social. El acontecimiento más significativo en política exterior fue el pronunciamiento del presidente James Monroe en el cual expresó la solidaridad de Estados Unidos con las naciones de América Latina que acababan de independizarse. La Doctrina Monroe fue una advertencia contra cualquier tentativa europea de colonizar a ese subcontinente. Muchos de los nuevos países, a su vez, expresaron su afinidad política con Estados Unidos y basaron sus propias constituciones en el modelo estadounidense.

Estados Unidos duplicó sus dimensiones con la compra del Territorio de Louisiana a Francia en 1803 y de la Florida, comprada a España en 1819. Entre 1816 y 1821 fueron creados seis nuevos estados. Entre 1812 y 1852, la población se triplicó. La magnitud y diversidad de la joven nación desafiaban cualquier generalización simple, pero también invitaban a la contradicción.

Estados Unidos era un país de ciudades civilizadas construidas a partir del comercio y la industria, y fronteras primitivas donde el imperio de la ley se ignoraba a menudo. Era una sociedad que amaba la libertad, pero permitía la esclavitud. La Constitución mantenía unidas todas esas partes discrepantes. Sin embargo, las tensiones iban en aumento.

7. Conflicto Sectorial

En 1850 Estados Unidos era una inmensa nación bordeada por dos océanos. Había obvias diferencias geográficas, de recursos naturales y de desarrollo entre una y otra región.

Los estados de Nueva Inglaterra y el Atlántico Medio eran los principales centros de las finanzas, el comercio y las manufacturas. Sus principales productos eran textiles y ropa, maderas y maquinaria. El comercio marítimo floreció. Los estados del Sur eran eminentemente agrícolas y producían tabaco, azúcar y algodón con mano de obra esclava. Los estados del Oeste Medio también eran agricultores, pero sus productos de cereal y carne provenían del trabajo de hombres y mujeres libres.

Missouri solicitó la categoría de estado en 1819. Los norteños se opusieron porque en ese territorio había 10.000 esclavos. El congresista Henry Clay de Kentucky propuso un compromiso: Missouri se incorporaría a la Unión y seguiría permitiendo la esclavitud, pero Maine sería aceptado como estado libre.



Las posiciones regionales en torno a esa cuestión se endurecieron en las primeras décadas después del Compromiso de Missouri. En el norte del país, el movimiento para abolir la esclavitud fue muy activo y se volvió cada día más poderoso. En el sur, la creencia en la supremacía blanca y el afán de mantener el statu quo económico fueron igualmente dinámicos y poderosos. Aun cuando miles de esclavos huyeron al norte a través de una red de rutas secretas conocidas como el Ferrocarril Subterráneo, los esclavos representaban todavía un tercio de la población de los estados esclavistas en la época del censo de 1860.

La mayoría de los norteños no querían impugnar la existencia de la esclavitud en el sur, pero muchos se oponían a que ésta se expandiera a los territorios del oeste. Los sureños sostenían con el mismo vigor que los territorios mismos tenían derecho de decidir su situación. Un político joven de Illinois, Abraham Lincoln, estimó que el problema era de carácter nacional, no local. “Una casa dividida contra sí misma no puede prevalecer”, declaró. “Creo que este gobierno no puede permanecer en forma permanente siendo mitad esclavo y mitad libre. No espero que la Unión se disuelva... lo que sí espero es que deje de estar dividida”.

En 1860 el Partido Republicano nombró a Lincoln su candidato a la presidencia con una plataforma antiesclavista. En una contienda entre cuatro hombres, él obtuvo sólo el 39 por ciento del voto popular, pero ganó por clara mayoría de votos en el Colegio Electoral. Dicho órgano es el grupo de ciudadanos que elige directamente al presidente de Estados Unidos, de acuerdo con el voto popular.

La tormenta que se venía gestando desde hacía decenios estaba a punto de desatarse con fuerza brutal. Los estados del sur habían lanzado la amenaza de separarse de la Unión si Lincoln era elegido; las declaraciones de secesión empezaron desde antes que él tomara posesión del cargo. Al nuevo presidente correspondería tratar de mantener la integridad de la Unión.

8. La Guerra Civil y la Reconstrucción de Postguerra



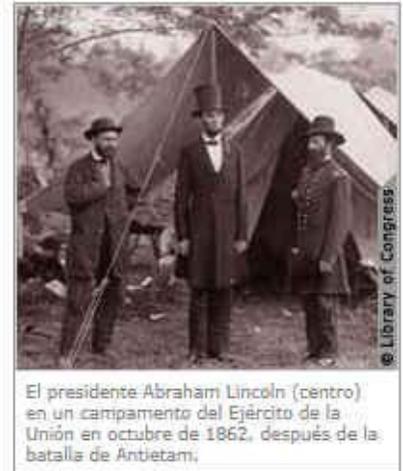
La guerra entre el norte y el sur empezó en abril de 1861. Los estados del sur reclamaban el derecho de separarse y habían formado su propia Confederación. Sus fuerzas hicieron los primeros disparos. Los estados del norte, bajo el liderazgo del presidente Lincoln, estaban determinados a contener la rebelión y preservar la Unión.

El norte tenía más del doble de estados y el doble de población. Contaba con recursos abundantes para producir pertrechos de guerra y además su red ferroviaria era superior. El sur tenía líderes militares con más

experiencia y un factor que los favoreció fue que la mayoría de los combates tuvieron lugar en su propio territorio.

Durante cuatro años, decenas de miles de soldados y caballos participaron en batallas terrestres en Virginia, Maryland, Pennsylvania, Tennessee y Georgia. Los combates navales se desarrollaron frente a la costa del Atlántico y en el río Mississippi. En ese rubro, las fuerzas de la Unión obtuvieron una serie casi ininterrumpida de victorias. En cambio, en Virginia fueron derrotadas una y otra vez en sus intentos de tomar Richmond, la capital confederada.

El día más sangriento de la guerra fue el 17 de septiembre de 1862, cuando los dos ejércitos chocaron en Antietam Creek, cerca de Sharpsburg, Maryland. Las tropas confederadas bajo el mando del general Robert E. Lee no lograron repeler a los soldados de la Unión encabezados por el general George McClellan, y Lee escapó con su ejército intacto. McClellan fue relevado del mando. Aunque la batalla no quedó definida en términos militares, sus consecuencias fueron enormes. Gran Bretaña y Francia habían pensado reconocer a la Confederación, pero entonces retrasaron su decisión y el sur nunca recibió la ayuda que necesitaba con tanta urgencia.



El presidente Abraham Lincoln (centro) en un campamento del Ejército de la Unión en octubre de 1862, después de la batalla de Antietam.

Varios meses después, el presidente Lincoln emitió una versión preliminar de la Proclamación de Emancipación. Gracias a ella fueron liberados todos los esclavos que vivían en estados confederados y se autorizó el reclutamiento de afro-estadounidenses en el ejército de la Unión. Ahora el norte ya no luchaba tan sólo para preservar la Unión, sino también para erradicar la esclavitud.

Las fuerzas de la Unión cobraron más ímpetu en 1863 con las victorias de Vicksburg en Mississippi y Gettysburg en Pennsylvania, y más tarde con la política de tierras quemadas que aplicó el general William T. Sherman cuando avanzó a través de Georgia y se internó en Carolina del Sur en 1864. En abril de 1865, enormes ejércitos de la Unión bajo el mando del general Ulysses S. Grant lograron rodear a Robert E. Lee en Virginia. Lee se rindió y ese fue el final de la Guerra Civil de Estados Unidos.

Los términos de la rendición fueron generosos. “Los rebeldes ya son otra vez nuestros compatriotas”, les recordó Grant a sus tropas. En Washington, el presidente Lincoln ya estaba listo para iniciar el proceso de reconciliación. Jamás tuvo oportunidad de hacerlo pues menos de una semana después de la capitulación del sur fue asesinado por un sureño amargado por la derrota. La tarea reconciliadora le correspondería al vicepresidente de Lincoln, Andrew Johnson, un sureño que era partidario de una “Reconstrucción” rápida y sencilla.

Johnson emitió indultos que restablecieron los derechos políticos de muchos sureños. Al final de 1865, casi todos los estados ex confederados habían celebrado convenciones para revocar las leyes de secesión y abolir la esclavitud, pero todos excepto Tennessee se negaron a ratificar una enmienda constitucional que otorgaba plena ciudadanía a los afro-estadounidenses. En consecuencia, los republicanos del Congreso decidieron implementar su propia versión de la Reconstrucción. Ellos proclamaron medidas punitivas contra los ex rebeldes y prohibieron que quienes habían sido dirigentes confederados ocuparan cargos públicos. Dividieron el sur en cinco distritos militares administrados por generales de la Unión. Negaron el derecho de voto a todo aquel que no estuviera dispuesto a prestar un juramento de lealtad a la Unión. Además, apoyaron con vigor los derechos de los afroestadounidenses. El presidente Johnson trató de obstruir muchas de esas políticas y fue sometido a juicio político. El voto no fue suficiente para destituirlo de su cargo, pero el Congreso no perdió su enorme poder durante los siguientes 30 años.

Las divisiones y los odios que desembocaron en la Guerra Civil no desaparecieron al término de la lucha armada. Cuando los sureños blancos recuperaron el poder político, los negros de esa región padecieron. Ya

habían ganado la libertad, pero las leyes locales que les negaban el acceso a muchos recursos públicos les impedían disfrutar de ella. Habían ganado el derecho de voto, pero eran intimidados en los comicios. El sur había quedado segregado y así habría de permanecer 100 años más. El proceso de Reconstrucción de postguerra había empezado con altos ideales, pero cayó en un pozo de corrupción y racismo. Su fracaso retrasó la lucha de los afro-estadounidenses por la igualdad hasta el siglo XX, cuando se convertiría en un problema nacional y no sólo del sur.

9. Crecimiento y Transformación



Toro Sentado, el jefe sioux que derrotó al general George Custer en la Batalla de Little Bighorn en 1876.

Estados Unidos maduró en los decenios posteriores a la Guerra Civil. La frontera se fue desvaneciendo poco a poco y una república rural se convirtió en una nación urbana. Entonces surgieron grandes fábricas, plantas siderúrgicas y ferrocarriles transcontinentales. Las ciudades crecieron con rapidez y millones de personas llegaron de otros países para iniciar su nueva vida en la tierra de la oportunidad.

Los inventores aprovecharon el poder de la ciencia. Alexander Graham Bell desarrolló el teléfono. Thomas Edison produjo la bombilla luminosa y, con George Eastman, la película cinematográfica. Antes de 1860, el gobierno ya había expedido 36.000 patentes. En los siguientes 30 años expidió 440.000.

Fue una época de consolidación corporativa, sobre todo en las industrias del acero, ferrocarriles, petróleo y telecomunicaciones. Los monopolios impedían la competencia en el mercado, lo cual generó peticiones de regulación gubernamental. En 1890 fue aprobada una ley para impedir los monopolios que restringían el comercio, pero al principio no fue aplicada con suficiente energía.

A pesar de los grandes progresos de la industria, la agricultura siguió siendo la ocupación básica en el país, pero también en ella hubo enormes cambios. La extensión de tierras de cultivo se duplicó y los científicos desarrollaron semillas mejoradas. Las máquinas –por ejemplo, sembradoras mecánicas, cosechadoras y trilladoras– se hicieron cargo de gran parte del trabajo que antes se realizaba a mano. Los granjeros estadounidenses producían suficiente cereal, algodón, lana y carne de vacuno y de cerdo para abastecer al creciente mercado interno e incluso les quedaban grandes excedentes para la exportación.



Thomas Edison examina la película utilizada en el proyector de imágenes en movimiento que él inventó con George Eastman.

La región occidental de Estados Unidos siguió atrayendo colonizadores. Los mineros reclamaban propiedades en las montañas ricas en minerales, los ganaderos en los vastos pastizales, los criadores de ovejas en los valles fluviales y los granjeros en las grandes llanuras. Los vaqueros a caballo conducían a sus animales y los guiaban hasta lejanas terminales de ferrocarril para su envío al este. Esa es la imagen de Estados Unidos que mucha gente tiene todavía, aun cuando la época de los *cowboys* del “Salvaje Oeste” duró sólo unos 30 años.

Desde el momento en que los europeos desembarcaron en la costa oriental de Norteamérica, su avance hacia el oeste significó enfrentamientos con los pueblos nativos. Durante mucho tiempo, la política del gobierno había consistido en desplazar a los norteamericanos nativos a tierras reservadas para su uso, más allá del alcance de la frontera blanca. Sin embargo, el gobierno ignoró una y otra vez sus acuerdos y abrió esas áreas a la colonización blanca. A fines del siglo XIX, las tribus sioux de las llanuras del norte y los apaches en el sudoeste lucharon denodadamente para preservar su estilo de vida. Aunque eran hábiles guerreros, a la

postre fueron avasallados por las fuerzas del gobierno. La política oficial después de esos conflictos era bien intencionada, pero a veces resultó desastrosa. En 1934, el Congreso aprobó una medida para tratar de proteger las costumbres tribales y la vida comunal en las reservaciones.

En los últimos decenios del siglo XIX las potencias europeas competían por colonizar África y por conquistar el comercio de Asia. Muchos estadounidenses pensaron que su país tenía el derecho y el deber de expandir su influencia en otras partes del mundo. Muchos otros, sin embargo, rechazaban todo lo que pudiera sugerir un afán imperialista.

Una breve guerra con España en 1898 permitió que Estados Unidos obtuviera el control de varias posesiones españolas en ultramar: Cuba, Puerto Rico, Guam y las Filipinas. Oficialmente, Estados Unidos las instó a gobernarse por sí mismas, pero en realidad mantuvo sobre ellas su control administrativo. El idealismo coexistió en la política exterior junto con el deseo práctico de proteger los intereses económicos de lo que había sido una nación aislada y ahora se convertía en una potencia mundial.

10. Descontento y Reforma



Llegada de inmigrantes a Ellis Island en Nueva York, puerta principal de acceso a EE.UU., a fines del siglo XIX y principios del XX.

En 1900, los cimientos políticos de Estados Unidos habían resistido los dolores del crecimiento, una guerra civil, la prosperidad y la depresión económica. El ideal de la libertad religiosa logró mantenerse. La educación pública gratuita se había realizado en buena parte y la libertad de prensa se conservaba intacta. Sin embargo, al mismo tiempo, el poder político parecía estar concentrado en manos de funcionarios políticos corruptos y sus amigos empresarios. En respuesta surgió un movimiento de reforma llamado “progresismo”. Algunas de sus metas eran mayor democracia y justicia social, honradez en el gobierno y una reglamentación más eficaz de las empresas.

Escritores y críticos sociales protestaron, afirmando que las prácticas vigentes eran injustas, insanas y peligrosas. Upton Sinclair, Ida M. Tarbell, Theodore Dreiser, Lincoln Steffens y otros produjeron una “literatura de denuncia” con la cual presionaron a los legisladores para que corrigieran los abusos por medio de leyes. Los reformadores creyeron que al ampliar el alcance del gobierno se aseguraría el progreso de la sociedad del país y el bienestar de sus ciudadanos.



Mulberry Street en la ciudad de Nueva York, también conocida como “La Pequeña Italia”, en los primeros años del siglo XX.

El presidente Theodore Roosevelt encarnaba el espíritu del progresismo y pensó que las reformas necesarias debían aplicarse en el plano nacional. Trabajó con el Congreso para regular los monopolios y aplicar medidas legales contra las compañías que violaran la ley. También luchó sin descanso para proteger los recursos naturales de Estados Unidos, administrar las tierras públicas y preservar áreas para uso recreativo.

Las reformas prosiguieron en las presidencias de William Howard Taft y Woodrow Wilson. El sistema de banca de la Reserva Federal fue establecido para que determinara las tasas de interés y controlara la oferta monetaria. La Comisión Federal de Comercio fue fundada para intervenir cuando las empresas emplearan métodos de competencia desleales. Fueron promulgadas nuevas leyes para ayudar a mejorar las condiciones de trabajo de los marineros y los jornaleros ferroviarios. Se creó un sistema de “extensión de condado” para ayudar a los granjeros a obtener información y créditos. Además, como una ayuda encaminada a reducir el costo de la vida para todos los estadounidenses, los impuestos sobre bienes importados fueron reducidos o eliminados.

En la época progresista fue también cuando un gran número de personas de todo el mundo llegó a Estados Unidos. Casi 19 millones de inmigrantes arribaron entre 1890 y 1921. Los primeros inmigrantes habían sido sobre todo europeos del norte y el oeste, y algunos chinos. Los nuevos inmigrantes llegaron de Italia, Rusia, Polonia, Grecia, los Balcanes, Canadá, México y Japón.

Estados Unidos siempre ha sido un “crisol” de nacionalidades y durante 300 años impuso pocas restricciones a la inmigración. Sin embargo, a partir de la década de 1920 se establecieron cuotas en respuesta al temor de los estadounidenses de que los recién llegados fueran una amenaza para sus empleos y su cultura. Aun cuando grandes oleadas de inmigración han creado tensiones sociales a través de la historia, la mayoría de los ciudadanos –cuyos propios antepasados llegaron como inmigrantes– creen que la Estatua de la Libertad en el puerto de Nueva York representa el espíritu de una tierra que da la bienvenida a los que “anhelan respirar un aire de libertad”. Esa creencia ha preservado a Estados Unidos como una nación de naciones.

11. La Primera Guerra Mundial, la prosperidad de los años 20 y la Gran Depresión



La guerra europea de 1914 –en la que Alemania y Austria- Hungría combatieron a Gran Bretaña, Francia, Italia y Rusia– afectó los intereses de Estados Unidos casi desde el principio. Las armadas, tanto de Gran Bretaña como de Alemania, interceptaban los barcos estadounidenses, pero los ataques de los submarinos alemanes fueron mortíferos. Casi 130 estadounidenses murieron cuando un submarino hundió al barco de pasajeros británico Lusitania en 1915. El presidente Woodrow Wilson exigió que se pusiera fin a esos ataques y éstos cesaron por un tiempo, pero en 1917 se reanudaron. Estados Unidos declaró la guerra.

Los esfuerzos de más de 1.750.000 soldados estadounidenses tuvieron un papel decisivo en la derrota de la alianza entre Alemania y el imperio austro-húngaro. El 11 de noviembre de 1918 se concertó un armisticio que, aunque técnicamente era una tregua, fue en realidad una rendición.

El presidente Wilson negoció el final del conflicto, basado en su plan de 14 puntos para lograr una paz duradera. Éste incluía propuestas como poner fin a los acuerdos secretos internacionales, favorecer el comercio libre entre las naciones, reducir los arsenales de éstas, conceder la autogestión a las nacionalidades europeas subyugadas, y la formación de una asociación –la Liga de las Naciones– que ayudara a garantizar la independencia política y la integridad territorial de los países, grandes y pequeños por igual.

Sin embargo, el tratado de paz final no contenía prácticamente ninguno de esos puntos, ya que los vencedores insistieron en aplicar severos castigos. La idea de Wilson sobre una Liga de las Naciones permaneció en el Tratado de Versalles, pero ni siquiera él logró obtener suficiente apoyo para ese concepto y Estados Unidos lo rechazó. Este país volvió a su aislacionismo instintivo.



El siguiente periodo de postguerra se caracterizó por el descontento laboral y las tensiones raciales. Los granjeros tenían dificultades a causa de la abrupta desaparición de la demanda impuesta por la guerra. La violencia bolchevique provocó un “miedo a los rojos” que dio lugar a varias décadas de militante hostilidad contra el movimiento comunista revolucionario. A pesar de esos problemas, Estados Unidos gozó de un periodo de prosperidad real y ampliamente distribuida durante unos cuantos años de la década de 1920. Las familias compraron su primer automóvil, radio y refrigerador, y empezaron a ir al cine con regularidad. Y

las sufragistas, al cabo de décadas de activismo político, lograron por fin que en 1920 se aprobara una enmienda constitucional que concedió a las mujeres el derecho de voto.

Los buenos tiempos no duraron. El valor de muchas acciones, que se había inflado en forma artificial, cayó drásticamente en octubre de 1929. En los tres años siguientes, la recesión de los negocios en Estados Unidos se volvió parte de una depresión económica mundial. Empresas y fábricas cerraron sus puertas, los bancos quebraron, el ingreso en el campo cayó. En noviembre de 1932, el 20 por ciento de los estadounidenses carecían de empleo.

La campaña presidencial de ese año fue ante todo un debate en torno a las causas de la Gran Depresión y la manera de revertirla. El presidente en funciones Herbert Hoover había iniciado el proceso de reconstruir la economía, pero sus esfuerzos produjeron escasos resultados y perdió la elección frente a Franklin Roosevelt. Este último tenía un optimismo contagioso y estaba dispuesto a usar la autoridad federal para aplicar remedios audaces. Bajo su liderazgo, Estados Unidos habría de entrar en otra era de cambio económico y político.

12. El Nuevo Trato y la Segunda Guerra Mundial

A principios de la década de 1930, el presidente Franklin Roosevelt propuso un “Nuevo Trato”, es decir, un plan ideado para sacar a los estadounidenses de la Gran Depresión lo más pronto posible. Él observó que la democracia había desaparecido en otros países en esa época, no porque la gente se opusiera a ella, sino porque ya estaban hartos de la falta de empleos y la inseguridad.

Bajo su liderazgo se estableció una corporación federal para garantizar los depósitos en los bancos de ahorro. Se impusieron reglamentos a la venta de acciones. Fueron aprobadas leyes para garantizar el derecho de los trabajadores a ser representados por sindicatos. Los granjeros recibieron subsidios por ciertas cosechas y ayuda para prevenir la erosión del suelo. El Cuerpo Civil de Conservación empleó a varones jóvenes para plantar árboles, limpiar cauces acuáticos y mejorar las instalaciones de los parques nacionales. La Administración de Obras Públicas contrató trabajadores capacitados para proyectos en gran escala, como la construcción de presas y puentes. La Autoridad del Valle del Tennessee proveyó de energía eléctrica y sistemas para controlar inundaciones, a esa región empobrecida. Además, la Administración Federal de Ayuda de Emergencia distribuyó asistencia, a menudo en forma de pagos directos.



En una segunda ronda de programas se empleó a trabajadores para la construcción de carreteras, aeropuertos y escuelas; fueron contratados artistas, actores, músicos y escritores; y se dio empleo de tiempo parcial a personas jóvenes. Se estableció entonces el sistema de Seguridad Social para ayudar a los pobres, los discapacitados y los ancianos.

En general, a los estadounidenses les parecía incómoda la idea de tener un gobierno grande, pero querían que su gobierno asumiera una mayor responsabilidad por el bienestar de la gente ordinaria. Y aun cuando el Nuevo Trato aportó ayuda tangible a millones de estadounidenses, nunca logró restablecer la prosperidad. Después vendrían tiempos mejores, pero eso no ocurrió sino hasta después de que otra guerra mundial involucró a este país en su derrotero.

Estados Unidos trató de permanecer neutral mientras los regímenes totalitarios de Alemania, Italia y Japón expandían su control sobre las naciones vecinas. El debate se intensificó cuando Alemania invadió Francia y empezó a bombardear Gran Bretaña. A pesar del fuerte sentimiento de aislacionismo, el Congreso votó a favor de la conscripción de soldados y el fortalecimiento de las fuerzas militares.

La mayoría de la gente enfocaba su atención en lo que ocurría en Europa, cuando Japón amenazó con apoderarse de las fuentes de materias primas que la industria occidental utilizaba. La respuesta de Estados Unidos consistió en imponer un embargo al único producto que Japón necesitaba más que cualquier otro –el petróleo– y exigió que esa nación se retirara de los territorios que había conquistado. Japón se negó y el 7 de diciembre de 1941 lanzó un ataque devastador contra la flota de EE.UU. en el Pacífico, en Pearl Harbor, Hawai. Estados Unidos le declaró la guerra a Japón. Alemania e Italia, que entonces eran aliados de Japón, le declararon la guerra a Estados Unidos.



El presidente Roosevelt firma lo que fue quizá la legislación de más largo alcance del Nuevo Trato: la Ley de Seguridad Social de 1935.

La industria y la agricultura estadounidenses fueron utilizadas para la guerra. La producción de equipo militar fue asombrosa: 300.000 aviones, 5.000 barcos de carga, 60.000 naves de desembarco y 86.000 tanques en menos de cuatro años. Gran parte del trabajo fue realizado por mujeres, las cuales laboraron en las fábricas mientras los hombres estaban en el frente.

Estados Unidos, Gran Bretaña y la Unión Soviética se aliaron para contener la amenaza de los nazis y decidieron que sus principales tareas militares debían concentrarse en Europa. Estaban decididos a romper el dominio alemán e italiano sobre el Mediterráneo e impedir la caída de Moscú. Después liberarían Roma y París, y por último Berlín.

Desde la ocupación alemana de Polonia en 1939 hasta su rendición en 1945, la guerra en Europa cobró la vida de millones de personas, soldados y civiles por igual. Otros millones fueron exterminados en el Holocausto, la política de genocidio sistemático de la Alemania nazi contra los judíos y otros grupos.

La guerra en Asia fue en gran parte una serie de batallas navales y asaltos anfibios para romper el dominio japonés sobre las islas del océano Pacífico. Los combates continuaron allí cuando la lucha en Europa ya había terminado. Las batallas finales figuraron entre las más sangrientas de la guerra. La mayoría de los estadounidenses, entre ellos el presidente Harry Truman, creían que una invasión a Japón sería aún peor. Truman estaba dispuesto a usar la bomba atómica, recién desarrollada, para poner final conflicto. Cuando Japón se negó a rendirse, Truman ordenó que las bombas fueran arrojadas sobre las ciudades de Hiroshima y Nagasaki.

El plan dio resultado: Japón se rindió y la Segunda Guerra Mundial concluyó por fin en agosto de 1945. Sólo más tarde comprendería la gente todas las implicaciones del pavoroso poder destructivo de las armas nucleares.

13. La Guerra Fría, el conflicto de Corea y Vietnam



Este artículo pertenece a la publicación “La historia de EE.UU. en síntesis”. Para consultar los demás artículos, haga clic a la derecha.

Estados Unidos desempeñó un papel protagónico en los asuntos mundiales durante los años inmediatamente posteriores a la Segunda Guerra Mundial, sobre todo por su influencia en las recién formadas Naciones Unidas y en la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN). El problema

político y diplomático más importante a principios de la postguerra fue la Guerra Fría. Ésta surgió de antiguos desacuerdos entre Estados Unidos y la Unión Soviética acerca de qué tipo de gobierno y sistema económico producía más libertad, igualdad y prosperidad.

Ante la perspectiva de un mundo de postguerra envuelto en guerras civiles e imperios en desintegración, Estados Unidos esperaba proveer la estabilidad necesaria para que una reconstrucción pacífica fuera posible. Abogó por la democracia y el comercio abierto y comprometió 17.000 millones de dólares, bajo el “Plan Marshall”, para reconstruir Europa occidental. La Unión Soviética deseaba asegurar sus fronteras a toda costa. Utilizó la fuerza militar como ayuda para elevar al poder a gobiernos comunistas en Europa central y oriental.

Estados Unidos se propuso contener el expansionismo soviético. Exigió y obtuvo la retirada total de la URSS de Irán. Apoyó a Turquía contra los intentos soviéticos de controlar las rutas marítimas. Proveyó de ayuda económica y militar a Grecia para combatir a una poderosa insurgencia comunista. Además, encabezó los esfuerzos para el transporte aéreo de millones de toneladas de suministros a Berlín cuando la Unión Soviética bloqueó esa ciudad dividida.

Cuando la mayor parte de la ayuda estadounidense transitaba por el Atlántico, poco podía hacerse para impedir que las fuerzas comunistas de Mao Zedong asumieran el control de China en 1949. Al año siguiente, cuando Corea del Norte –con el apoyo de China y la Unión Soviética– invadió Corea del Sur, Estados Unidos obtuvo el respaldo de la ONU para una intervención militar. Los norcoreanos terminaron por retroceder y fue firmada una tregua, pero las tensiones siguieron siendo intensas y las tropas estadounidenses permanecieron allí varios decenios.



Fuego de la infantería de EE.UU. contra las fuerzas norcoreanas que invadieron Corea del Sur en 1951, un conflicto que duró tres años.

A mediados de la década de 1960, Estados Unidos envió tropas para defender a Vietnam del Sur contra una insurgencia comunista establecida en Vietnam del Norte. La participación estadounidense aumentó enormemente, pero no fue suficiente para impedir que el sur se derrumbara en 1975. La guerra costó cientos de miles de vidas. Provocó también amargas divisiones internas e hizo que los estadounidenses vieran con recelo cualquier futura intervención en el exterior.

14. El cambio cultural: 1950-1980



El momento culminante de la oleada de la contracultura fue el concierto de rock y reunión al aire libre conocido como Woodstock.

La mayoría de los estadounidenses se sentían confiados en su propio papel en el mundo durante los años 50. Aceptaron la necesidad de asumir una posición fuerte contra el comunismo mundial y apoyaron los esfuerzos por compartir los beneficios de la democracia con el mayor número posible de naciones. En el país, gozaban de ganancias económicas fenomenales y vivían la transición a una economía de servicios. El auge de los nacimientos fomentó el crecimiento de áreas suburbanas alrededor de las ciudades. Sin embargo, no todos los estadounidenses participaban de la buena vida y las impugnaciones al statu quo se fueron intensificando poco a poco.

Los afro-estadounidenses iniciaron un movimiento para exigir un trato justo en todas partes. Obtuvieron una importante victoria en 1954 cuando

la Corte Suprema dictaminó que las instalaciones educativas separadas para niños negros no eran iguales a las de los niños blancos. Esa decisión puso en marcha el proceso de integración en las escuelas públicas del país. En la década de 1960, encabezados por el reverendo Martin Luther King, Jr. y con el apoyo del presidente Lyndon Johnson, los afro-estadounidenses lograron la aprobación de leyes en defensa de sus derechos civiles y electorales. Algunos dirigentes negros, como Malcolm X rechazaron la colaboración entre las razas y varios llamamientos militantes a la reforma desembocaron en la violencia. No obstante, muchos afro-estadounidenses lograron introducirse en forma callada y constante en las filas de la clase media, lo cual dio lugar a un cambio demográfico profundo en la sociedad del país.

En las décadas de 1960 y 1970, muchas mujeres estadounidenses expresaron su frustración por no tener las mismas oportunidades que los varones. Encabezadas por la escritora Betty Friedan y la periodista Gloria Steinem, ellas organizaron un movimiento que ayudó a cambiar las leyes y las tradiciones para dar a las mujeres oportunidad de competir con los hombres en un plano de igualdad en los negocios y la educación. Sin embargo, sus esfuerzos por lograr una enmienda constitucional que garantizara la igualdad de derechos para las mujeres fracasaron cuando sólo 35 de los 38 estados necesarios la ratificaron.

Una nueva generación de dirigentes norteamericanos nativos se organizaron para defender los derechos que el gobierno les había prometido en diversos tratados con ciertos grupos de tribus. Recurrieron al sistema judicial para recuperar el control de sus tierras tribales y sus derechos sobre el agua. Utilizaron el proceso legislativo para obtener la ayuda que necesitaban para dar alojamiento y educación a su pueblo. El primer norteamericano nativo que fue elegido como miembro del Senado fue Ben Nighthorse Campbell en 1992.



Los estadounidenses de origen “hispano”, sobre todo aquellos cuyas familias vinieron de México, América Central, Puerto Rico y Cuba, se volvieron también más activos en términos políticos. Fueron elegidos para cargos locales, estatales y nacionales, y se organizaron para combatir la discriminación. César Chávez, por ejemplo, dirigió un boicot nacional de consumidores contra los viñedos de California y así obligó a los propietarios a negociar con su sindicato de Trabajadores Agrícolas Unidos para conceder salarios más altos y mejores condiciones de trabajo.

Muchos estadounidenses se volvieron políticamente activos y protestaron por la Guerra de Vietnam que, a su juicio, era inmoral. Ellos organizaron grandes protestas que a la postre presionaron al presidente Johnson para iniciar las negociaciones de paz. Los jóvenes empezaron a rechazar también los valores culturales de sus padres. Los signos más visibles de lo que se llamó la “contracultura” eran el cabello largo, la música de rock-and-roll y el consumo de drogas ilegales.

Los estadounidenses preocupados por el medio ambiente organizaron sus esfuerzos para reducir la contaminación del aire y el agua. La celebración del primer “Día de la Tierra” y la creación de la Agencia de Protección Ambiental tuvieron lugar en el año 1970. La legislación sobre el medio ambiente reflejó la necesidad de reducir los contaminantes sin imponer costos gravosos a las industrias.

Los grandes cambios sociales ocurridos entre los años 50 y los 80 fueron fruto de una sociedad abierta, fluida y diversa. Las demandas de cambio eran pacíficas a veces y había otras mortíferas. Fue necesario concertar soluciones de compromiso. El hecho de que Estados Unidos haya cambiado en forma segura, aunque a veces lenta, para mejorar refleja sus fundamentos multiculturales.

15. El final del siglo XX

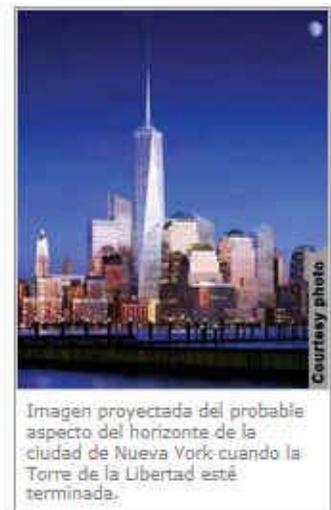
Estados Unidos siempre ha tenido periodos de polarización política cuando la población debate diversas formas de lidiar con los eventos internacionales, el cambio demográfico y los efectos de la innovación tecnológica. Las últimas décadas del siglo XX no fueron la excepción.

El activismo liberal de los años 60 y 70 fue eclipsado en la década de 1980 por un nuevo conservadurismo. Los conservadores preconizaron la imposición de límites al gobierno, una defensa nacional fuerte, una posición firme contra el comunismo, la reducción de impuestos para alentar el crecimiento económico, severas medidas contra la delincuencia, más expresiones religiosas en la vida pública y un código de comportamiento social más estricto. El ex actor y gobernador republicano de California Ronald Reagan, quien para muchos estadounidenses representaba la estabilidad, ganó dos periodos en la presidencia. Sus partidarios acreditan a sus políticas el mérito de haber apresurado la caída de la Unión Soviética.



Los estadounidenses adoptaron una posición más centrista en 1992 y eligieron como presidente al gobernador de Arkansas Bill Clinton, quien organizó su campaña en torno a los temas de la juventud y el cambio. Algunas propuestas de Clinton eran muy liberales, como su plan de instituir un sistema de servicios médicos administrado por el gobierno, que el Congreso nunca aprobó. Otra propuesta –cancelar los pagos del gobierno a los beneficiarios de la previsión social y ayudarlos a conseguir empleo– fue tomada de los conservadores y a la postre tuvo mucho éxito.

Las diferencias normales en política se volvieron especialmente acerbadas después de la elección presidencial del 2000. El voto popular y el voto del Colegio Electoral estaban divididos casi por igual entre el demócrata Al Gore y el republicano George W. Bush. Miles de cédulas electorales depositadas en el estado de Florida fueron impugnadas. Después de una serie de contiendas judiciales en torno a las leyes y procedimientos que rigen los recuentos, la Corte Suprema de la Nación tomó una decisión por estrecho margen que, en efecto, concedió la victoria a Bush.



Bush esperaba dedicarse a asuntos internos como la educación, la economía y la Seguridad Social, pero su presidencia sufrió un cambio irrevocable el 11 de septiembre de 2001. Ese día, terroristas extranjeros secuestraron cuatro aviones de pasajeros y los estrellaron contra las torres del World Trade Center en la ciudad de Nueva York, las oficinas generales del Pentágono del Departamento de Defensa, cerca de Washington, D.C. y en un área rural de Pennsylvania. Bush declaró la guerra contra el terrorismo mundial. Los estadounidenses estuvieron unidos, en general, en las primeras fases de la campaña, pero muchos se sintieron cada vez más incómodos a medida que las operaciones bélicas se expandían. Todavía no se comprenden cabalmente los efectos a largo plazo de los eventos y tendencias que surgieron a principios del siglo XXI.

COMENTARIO FINAL

Desde su inicio como un grupo de oscuras colonias acunadas en la costa del océano Atlántico, Estados Unidos ha tenido una notable transformación. Un analista político lo ha llamado “la primera nación universal”. En su población de 300 millones de habitantes están representados casi todos los grupos étnicos y nacionalidades de la Tierra. Es una nación donde el ritmo y la magnitud del cambio –económico, tecnológico, cultural, demográfico y social– se incrementan sin cesar. Lo que ocurre en Estados Unidos es a menudo el primer indicio de una modernización y un cambio que inevitablemente llevan a otras naciones y sociedades a un mundo cada día más interdependiente e interconectado.

Sin embargo, Estados Unidos conserva también un sentido de continuidad. Posee valores esenciales que se remontan a la fecha de su fundación como nación a fines del siglo XVIII. Algunos de ellos son la fe en la libertad individual y el gobierno democrático, y el compromiso con la oportunidad económica y el progreso para todos. Éste es el legado de una historia rica y turbulenta. La tarea constante de Estados Unidos consiste en asegurarse de que sus valores de libertad, democracia y oportunidad estén protegidos y florezcan durante todo el siglo XXI.